

Antología del **relato negro** IV

Asesinatos profilácticos



Ediciones
Irreverentes

Antología del relato negro IV

ASESINATOS PROFILÁCTICOS

Edición y prólogo de Santiago García Tirado

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Editor Literario: Santiago García Tirado

De sus respectivas obras: © Guillermo Orsi, Willy Uribe, Miguel Ángel de Rus, Juan Ramón Biedma, Raúl Argemí, Santiago García Tirado, Carlos Augusto Casas, Andrés Fornells, Pedro de Paz, Cristina Fallarás, Manuel Villa-Mabela, Álvaro Díaz Escobedo, Daniel Barredo, Kalton Harold Bruhl, Joseba Iturrate, José Luis Ordóñez, Isaac Belmar, Joaquín Lloréns, Julio Fernández Peláez, Teresa Galeote, Emilia Luna Martín, Manuel A. Vidal, Alberto Castellón, Carlos Salem, Iván Teruel, José Manuel Fernández Argüelles, Manuel Gómez Gemas, Jerónimo Tristante.

Octubre de 2011

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-15353-09-6

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

ÍNDICE

Prólogo	
Santiago García Tirado	7
<i>El cirujano</i>	
Guillermo Orsi	13
<i>De perros e hijos</i>	
Willy Uribe	23
<i>Veinte años, un lago, un recuerdo</i>	
Miguel Ángel de Rus	35
<i>Arroz con puntillas oxidadas</i>	
Juan Ramón Biedma	41
<i>Los asesinos (Remaque Hemingway)</i>	
Raúl Argemí	47
<i>El caos asesino</i>	
Santiago García Tirado	57
<i>Chop suey</i>	
Carlos Augusto Casas	61
<i>La recogió a la puerta de una iglesia</i>	
Andrés Fornells	73
<i>Una época de mierda</i>	
Pedro de Paz	85
<i>La gata coja</i>	
Cristina Fallarás	95
<i>Pequeños paquetes</i>	
Carlos Salem	99
<i>La malvada agente de aduanas</i>	
Manuel Villa-Mabela	109
<i>Abel mató a Caín</i>	
Álvaro Díaz Escobedo	113
<i>Matar al perro</i>	
Daniel Barredo	121
<i>Instrumento de justicia</i>	
Kalton Harold Bruhl	127

<i>Cuatro veces muerto</i> Joseba Iturrate	131
<i>El amor solo existe en las novelas</i> José Luis Ordóñez	137
<i>La puerta verde que se abre al revés</i> Isaac Belmar	145
<i>Mi princesa</i> Joaquín Lloréns	153
<i>Rosas blancas para Putin</i> Julio Fernández Peláez	159
<i>El asesino</i> Teresa Galeote	165
<i>Baloubet</i> Emilia Luna Martín	175
<i>Cara de porcelana</i> Manuel A. Vidal	185
<i>Réquiem por Ruggiero Benvenuto</i> Alberto Castellón	199
<i>Medio segundo antes</i> Iván Teruel	205
<i>Un trabajo por hacer</i> José Manuel Fernández Argüelles	209
<i>La pistola</i> Manuel Gómez Gemas	215
<i>Bruno</i> Jerónimo Tristante	223

PRÓLOGO

De acuerdo. Tienen derecho a acusarnos de pragmáticos. Thomas de Quincey (ese viejo socarrón) observó también el fenómeno, pero desde una perspectiva más romántica, cuando reclamó para el asesinato un espacio propio entre las Bellas Artes. Eran días de idealismo y empresas pasionales, y acaso de haberlos vivido habríamos dado a luz una antología bajo el epígrafe de *Asesinatos hermosos*. Pero nos han tocado otros tiempos, y por más que se cacaree el asunto de la irreducibilidad del artista en tiempos de crisis, no hay forma de sustraerse a las coordenadas actuales de productividad y beneficio. Beneficio, como lo oyen: el de la profilaxis que puede suponer un asesinato a tiempo.

El público lector de todas las sociedades ha sentido una fascinación por la sangre apenas disimulada. Se ha presentado en la literatura como un elemento aleccionador contra la enormidad en épocas de puritanismo; y en épocas de libertad moral, como una muestra del resabio animal que todavía queda por domesticar en el homo sapiens. En uno y otro caso el asesinato apenas si logra esconder su voluptuosidad bajo la seda insinuante de su pretendida función práctica, educativa. En la *novela negra* (la derivación natural del antiguo *relato policiaco* en estos tiempos de liberalismo y corrupción global, bendecida y aceptada por el *sistema*), el crimen es presentado, descrito y explicado con la debida atención. Mostrado en sus aspectos refinados o crueles. Sin embargo la historia contada ahora se recubre de una pátina muy del gusto de un mundo que, al parecer, se descompone sin encontrar el socorro de quienes deberían velar por el bien de sus ciudadanos. Se dice *amoralidad*. Es una pátina *cool*: juzgue el lector lo que ve. La misión del autor en la *negra* no es otra que mostrar, y mostrar sin detenerse ante nada. Ni por grave, ni por ligero, ni por áureo. Quiero decir: *ante nada*.

Para atender como se merece al paladar entendido, nada mejor que combinar ambos componentes, el del asesinato seductor, y el de su utilidad práctica. Y el resultado de nuestros desvelos lo tienen en sus manos. Un libro que relata 26 asesinatos variados, diversos, chocantes e inesperados, y todos, todos perfectamente útiles. Para sus protagonistas, por supuesto. Cómo íbamos a caer nosotros en la barbarie de justificar tropelías, en este siglo de bendita civilización... En esta propuesta de antología que Ediciones Irreverentes presenta hay una variada muestra de tendencias. Como toda antología, no deja de ser un capricho, y como tal, admítanlo, la censura está injustificada. Habrá quien ponga objeciones, quien denuncie ausencias, quien invoque el purismo del género y nos declare heterodoxos, y de alguna forma todos tendrán su parte de razón. Y es que esa es la razón de nuestro capricho: queremos dar motivos para polemizar. Porque una antología debe propender a la polémica, a sacudir de la modorra nuestras serias y sesudas librerías, llenándolas de algún grito destemplado, nuestras tertulias de modales correctos en los que ya nadie se acuerda del dulce cariz de una provocación.

Hay que recuperar las formas.

La negra en España y Latinoamérica tiene más que asegurada su pervivencia con la calidad de los autores que en la actualidad la cultivan. Diría más: la continua innovación de la novela negra en español la sitúan como una de las vanguardias más activas dentro del género a nivel mundial. De ahí precisamente nació nuestro primer quebradero de cabeza, dado que en el caso de la novela y el relato negros la nómina de autores disponibles es francamente extensa. Y hablamos solo de los de calidad. A ello se debe que hayamos centrado la atención en los autores vivos en exclusiva, rechazando los padres del género (en España, Argentina, Cuba...), cuya obra es ya un monumento de referencia. En un segundo paso optamos por centrarnos en autores que reflejaran las más variadas tendencias, con un equilibrio justo entre autores veteranos y autores jóvenes. En todos los países de

habla hispana existe una élite de autores que no necesitan ya demostrar nada: su obra (voluminosa en muchos casos) habla por sí misma, y merecen una atención particular que no puede ofrecérsele en una antología al uso. Son legión: a los Juan Madrid, Andreu Martín, Mariano Sánchez Soler, Francisco González Ledesma, habría que añadir a David C. Hall (sí, español sin duda), Carlos Zanón, Javier Calvo, Fernando Marías, Alicia Giménez Bartlett (y con esta lista, solo en España ya hemos cometido olvidos injustos); en Argentina, Guillermo Saccomano, Ricardo Piglia, Leonardo Oyola, Matías Néspolo, Rolo Díez, Jose Pablo Feinmann; en Cuba, Leonardo Padura, Lorenzo Lunar, Amir Valle; en Colombia, Mario Mendoza, Jorge Franco Ramos, Fernando Vallejo; en México, Eugenio Aguirre, Juan Hernández Luna, Gerardo de la Torre; capítulo aparte merece el incombustible autor y agitador cultural al que tanto le debe la popularización de la novela negra, Paco Ignacio Taibo II, reconocido como clásico en vida.

Una legión, ya les avisé.

Lo que van a encontrar en estas páginas es un muestrario amplio, una panorámica exhaustiva del género. Así, en la más pura línea clásica abre fuego Guillermo Orsi, argentino, el Hammet del español por derecho propio, con un relato de trasfondo político que trata de ajustar cuentas con los milicos que llevaron al país a la guerra de las Malvinas. Argentino como él, otro autor de gran predicamento, Raúl Argemí, se atreve con un *remaque* de un relato de Hemingway, con resultado inesperado, ingenioso. En esta línea ortodoxa se inscriben otros veteranos como Andrés Fornells (que hurga en la noche ambigua) y Álvaro Díaz Escobedo (con un relato construido sobre la fábula de Caín que haría las delicias de un tipo adusto como Unamuno); José Manuel Fernández Argüelles, que planea un asesinato desde el desengaño; Emilia Luna, que descubre a los fulleros del mundo de las carreras; Joaquín Lloréns, que arranca su relato de las noches de especias y músicas sensuales de *Las Mil y una noches*.

Una segunda línea de fuerza la encontramos en Willy Uribe, con un relato coherente con la atmósfera de otras novelas suyas como *Cuadrante las Planas*, o su exitosa *Los que hemos amado*. La tensión del relato termina generando una angustia opresiva de proporciones ontológicas, que como ya sabrán pueden resultar más lesivas que el asesinato simple. En esa misma línea de enormidades desazonantes Cristina Fallarás presenta a una mujer deforme empeñada en practicar una poda social a su medida, un personaje revelado aquí en primicias, porque será protagonista de su próxima novela, nos ha confesado. En igual órbita de crueldad giran precisamente los tres microrrelatos del volumen: «El caos asesino», de quien esto escribe; «Instrumento de justicia» de Kalton Harold Bruhl; y «Medio segundo antes», de Iván Teruel. Resueltos con la sorpresa final de rigor y la brevedad que intensifica los efectos, son tres buenas muestras de narrativa experimental dentro del género.

Y ya que mencionamos el aspecto experimentador, señalaremos tres relatos que rompen en cierta medida con la preceptiva de la novela negra para explorar nuevos caminos: Miguel Ángel de Rus juega en su relato con un asesinato intangible, y no por ello nos parecerá menos lesivo; Isaac Belmar, se recrea en un asesinato sobre el que flota una atmósfera onírica, y un arcano metafórico (*la puerta verde*); Daniel Barredo rompe la sintaxis y llama a sus personajes con letras y números, para componer una escena en las letrinas del Estado. Un tema favorito en la novela negra, este de la crítica a los desmanes del Estado contemporáneo y democrático, que sirve de materia prima también al relato de Julio Fernández (que pone en la diana a V. Putin, nada menos).

Pero un género que tiende a la subversión no podía dejar a un lado una de las mejores armas de corrosión masiva (y legal) que nos quedan: el humor. Y lo encontramos abundantemente en estas páginas. Es la clave interpretativa de los textos de Manuel Villa-Mabela (sobre esa subespecie humana que son los *agentes de aduanas*), de Alberto Castellón (sobre un archifamoso escritor italiano, aunque virtual), de

Carlos Augusto Casas (con el valor pedagógico del reciclaje dentro de los laberintos del comercio chino), de Joseba Iturrate (que salva a su protagonista y antagonista alternativamente con la ayuda de la ingeniería genética más disparatada), y de José Luis Ordóñez (con una conversación metaliteraria entre inspector y asesino a cuenta de la novela negra).

Un último grupo de textos cultivan el lado urbano del relato negro. Son los textos de Carlos Salem, Pedro de Paz y Juan Ramón Biedma (de quienes hablaremos a continuación), además de los de Teresa Galeote (tan actual que narra el modo expeditivo en que un asesino se las ingenia para encontrar un puesto de trabajo), y Manuel A. Vidal (con un asesinato prostibulario en el que juega con un enigma de diversas interpretaciones, que son, por supuesto, diversas formas de narrar el mismo crimen).

Nos queda reseñar a un grupo de cuatro autores de sobra conocidos, cuya obra individual ha sido suficientemente aplaudida por crítica y público. Cada uno con su propio estilo, y una orientación temática propia, sin embargo han querido presentarse como grupo: son la autodenominada *Generación Torreznó*. Un tremendo *comando* integrado por Carlos Salem (capo indiscutible), Juan Ramón Biedma, Pedro de Paz y Jerónimo Tristante. Son sobre el plató literario (y en el backstage subsecuente) el lado canalla de la novela negra actual, la rama hipertrófica que crece tanteando nuevas posibilidades y se revuelve contra cualquier forma de ortodoxia que pretenda tutelarla. Lo incorrecto, lo inusitado, lo disparatado, lo irreverente es seña de identidad en estos autores —y sin embargo— amigos que a día de hoy forman un póquer de ases que, por suerte para el resto de los mortales, aún no ha dicho todo lo que tiene que decir. Cuatro deliciosos relatos incluidos aquí son obra de este hiperactivo comando.

Parece que la novela negra no para de crecer (en calidad y volumen de producción), y el cariz que va tomando la situación económica mundial le va a seguir dando tema para muchas, muchas novelas y

antologías como esta. Eventos como Getafe Negro, Mayo Negro (auspiciado por la Univ. de Alicante), BCNegra y la últimamente agitada y nunca lo suficientemente alabada Semana Negra de Gijón (por citar solo el caso español) son argumentos palmarios que certifican la buena salud de que goza el género negro en español. El próximo paso, adjudicarle un espacio dentro del canon literario contemporáneo, ha comenzado a hacerse realidad con la creación de un micrositio dentro de la web de la Biblioteca Nacional de España¹. Y no podemos por menos de congratularnos. A veces la inteligencia acaba llegando a las altas esferas.

Son 26 placeres inocentes, pese a su espantoso título. Disfrútenlos. Y por favor, eviten luego ir contando por ahí que gozaron de un libro con tanto asesinato. Pudiera ser que alguno de ustedes acabara siendo promovido a presidente de un banco central, y eso enturbiaría nuestras amistades. Esas cosas a veces ocurren.

SANTIAGO GARCÍA TIRADO

1- (http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/novela_policiaca/novela_negra_catalogo/).

El cirujano

DE GUILLERMO ORSI

GUILLERMO ORSI

Nacido en Buenos Aires, Argentina, en 1946. Ha dedicado su carrera literaria a profundizar en el género negro, en el que está considerado como uno de los actuales maestros en español.

Libros publicados: *El vagón de los locos*, Emecé Ediciones (Premio Emecé), *Cuerpo de mujer*, *Tripulantes de un viejo bolero*, *Sueños de perro* (Premio Umbriel/Semana Negra 2004), *Buscadores de oro*, *Nadie ama a un policía* (Premio Carmona de Novela Negra). *Noches de Pelayo, cuento*, II Premio UNED. *Ciudad santa*, Premio Hammet 2010, Semana Negra de Gijón.

En 2011 ha publicado la novela *Segunda vida*.

Las guerras no acaban con los armisticios, los tratados de paz, las declaraciones de aquí no ha pasado nada y todos amigos a partir de ahora. No hay bandera blanca para el que ha matado y ha visto morir, para el que cada paso que daba sobre el campo de batalla podía ser el último.

Carrasco apunta su fusil automático, lo alinea con el rectángulo iluminado del edificio de enfrente, respira hondo y acaricia el gatillo como al lóbulo de la oreja izquierda de Andrea, lo mima, lo excita, lo prepara. O tal vez sea sólo aburrimiento, pereza, languidez ante el banquete que allá enfrente demoran en servir, retrasando sin saberlo la hora de la ejecución.

No conoce al tipo que le encargaron derribar. Ha oído su nombre en alguna radio, tal vez lo vio en fotos de los diarios que nunca lee, esa puta memoria visual que le impide borrar aquello, quitarse de encima las imágenes, los cuerpos mutilados por el obús que estalló tan cerca de su pozo de zorro, el llanto infantil del sargento que llama a su madre como si hubiera despertado en la habitación a oscuras de su infancia y no en Malvinas.

Se está animando la fiesta, ahí enfrente. Mujeres de largo, escotadas, tetas brillantadas por collares que Carrasco no podría comprar ni derribando al equipo completo del gobierno, largos cuellos de cisnes rosados rematados por lóbulos engarzados de oro que Carrasco nunca podría acariciar como al de Andrea, no él con sus dedos rugosos que huelen a pólvora aunque los hunda en ácido; mujeres de una belleza esperpéntica, acrisolada por la opulencia de sus dueños. Porque a diferencia de Andrea, y de las pocas mujeres que antes lo cruzaron, las de enfrente tienen dueños. Y contra uno de ellos apunta Carrasco.

Dos años como Secretario de Finanzas son demasiados para la ambición de Roby Zuviría. Es mucho lo que dejó para encaramarse en la función pública con la promesa de una rápida promoción a puestos más expectantes. Un sueldo limpio de diez mil dólares, más comisiones por cada negocio y regalías semestrales, y una silla en el directorio de cada empresa reciclada que nunca tuvo tiempo de ocupar.

—Tenés que acompañarme, necesito gente en la que confiar, Roby, el estado es una jaula de leones sedentarios, acostumbrados a que les lleven la comida a la boca.

Acababan de nombrar a Elisa Montero. Toda la «city» financiera especulaba con que el cuerpo escultural de esa mujer sólo era posible gracias a un personal trainer de dedicación exclusiva y a los avances de la cirugía plástica. Pero se equivocaban, empezaban por quitarle méritos a la genética imbatible de los Montero porque era el flanco menos protegido de Elisa, una hermosura que se empeñaba inútilmente en disimular con oscuros trajes sastre y el rostro lavado, el pelo recogido en rodete de celadora autoritaria que sólo liberaba cuando estaba a solas con él, con Roby Zuviría, que sólo aceptó bajarse de la consultora en la que estaba enriqueciéndose para subirse al cuerpo de Elisa y a su carrera política.

No le dijeron —no se lo dijo Elisa ni los que en su momento le aconsejaron— que en política no rigen la ley de gravedad ni el principio de Arquímedes: un cuerpo que cae no encuentra siquiera la resistencia del aire porque a medida que se trepa hay menos oxígeno; un cuerpo puede desplazar a otro sin que el otro lo note y aunque crea no haberse movido de su lugar.

El timbre del portero eléctrico lo sobresalta.

—¿Algún inconveniente, doctor?

En el monitor, la imagen borrosa del chofer. Ese inútil a sueldo tiene apuro por llevarlo y volverse a casa, y él se está retrasando.

—Ya bajo.